



Texto: *Astenia*

Alumno: Otto Farrujia Barranco

Centro: IES Canarias Cabrera Pinto

Te van a mentir con todas esas gilipolleces impresas en esos libros; van a exprimerte, agotarte, hasta convertirte en un puto ciudadano ejemplar, hasta convertirte en otro maldito zombi. Si me estás escuchando, colega, elige la vida. Por encima de todo.

¿Sabes? Hoy he aprendido mucho. Me he pasado siete horas sentado en una silla, como un maldito subnormal, dibujando figuritas y mirando, de manera muy disimulada, los escotes de todas las pibas de mi clase. Toca el timbre, liberándome de las pesadas cadenas que me atan a esa silla de la muerte y salgo de allí, hablando con tíos que me importan una mierda. Me hago el interesante y suelto algún comentario racista u homófobo. Ellos se ríen. Yo, al decirlo, me doy asco a mí mismo. De camino a casa, cuando por fin he logrado librarme de esa panda de estúpidos y futuros fracasados,

pienso si esta tarde voy a echar un polvo. Hago el amago de sacar el móvil del bolsillo y enviarle un mensaje a cualquier tía de mi clase, pero lo pienso mejor. Puf, se requiere de mucho esfuerzo y no me apetece sudar hoy. Iré con Los Lobos. Sí, eso es lo que haré. Follar..., ya podré follar otro día. Me basta con mirarlas a los ojos como para que ya estén salivando.

El crujir cristalino de ventanas al romperse, grafitear de morado una pared virgen en un polvoriento descampado, aplastar de un violento espasmo latas de cerveza, comprar una grasienta pizza de cuatro quesos para comérsola bajo el parque de los niños pequeños. Esos somos nosotros, Los Lobos. Lo que todos esos estúpidos de mi clase se pasan un año esperando a verano para hacer, nosotros lo hacemos todos los días. Para cuando el sol se ha ocultado tras un aterciopelado manto negro, ya no hay voces a mi alrededor. Ellos ya han vuelto a sus respectivas cavernas para dejar paso a los lingotazos de ron barato que fluyen sónicamente por mis venas. A eso de medianoche, cuando ya no puedo mantenerme en pie, logro arrastrarme a un baño público y, arrodillado, lo poto todo. Cuando termino, pálido y chorreando hielo como una puta esponja saturada, me miro al emborronado espejo para comprobar lo guapo que soy, pero también para observar que el brillo de mi vida ha sido bajado por un retorcido editor de fotos. Bosquecillos de venas rojas se enredan en mis pupilas. Por unos minutos que se deslizan por las agujas del reloj como una interminable y oscura procesión, siento que nado en el espacio exterior para volver a caer precipitadamente a esa piscina de petróleo que me absorbe. Que me succiona, como si todo rastro de vida hubiera abandonado mi cuerpo, como si hubiera abandonado toda mi agonía.

Atrapado en la resaca.

Atrapado entre las pegajosas y férreas paredes de la crisálida.



Estoy cansado, harto, de ser lo que tú quieres que sea. Me siento tan desleal, tan infiel a mis principios —tus principios—, que apenas puedo estar en esa casa. A veces pienso que me he vuelto así solo porque mi subconsciente quiere un poco de silencio.

¿Es que no te das cuenta de que me estás asfixiando? Me aferras con demasiada fuerza, hiriendo, arrugando las alas de la mariposa. Y es que tienes miedo de perder el control. Miedo de que el actual gusano, baboso y peludo, se convierta un día en una iridiscente mariposa que brille, cegadora, bajo la templada luz del sol.

Para ti, cada paso que doy, cada quiebre en la crisálida, es un error.

Porque todo lo que pensaste que sería se ha derruido frente a ti, como un castillo de naipes al ser barrido por el viento.

Lo peor de todo, cabronazo, es que tú, un día, fuiste un tipo como yo; un tipo que no deseaba ser el tenue y fantasmagórico reflejo de aquel que le dio la vida; un tipo que deseaba alzarse de entre los caídos y clavar, con una sonrisa triunfante, la bandera en la cara oculta y oscura de la luna, esa cara en la que neblina se desliza, furtiva, bajo los cálidos halos del arcoíris. Sin embargo, has fracasado, conformándote tan solo con su sonrisa. Con su caleidoscópico amor. Y ahora que ya no está, te estás dejando caer por ese sumidero que remolnea en el centro de tu pecho.

Ansío ese grito, catártico y gutural, que escarifique la rabia que refulge en mi pecho; que le dé un último viaje, caliente y espumoso, a los miedos que laten allí al frenético ritmo de un riff de guitarra que no parece tener fin.

La mariposa está entumecida, perdida en su propia existencia. Cree que no es más que un tornillo oxidado en esa máquina asesina que los está devorando a todos.

Y necesita ayuda, papá.



Texto: Carta de Despedida
Alumna: Alba Izquierdo Farráis
Centro: IES Santa Úrsula

A quienquiera que lo lea,

Desearía poder decir que sobrevivirás a esto. Sin embargo, temo que henchiría mi boca de falsedades si tal atrocidad —como es mentir—, llevara a cabo. Mas no puedo evitar liberar lo que a mi mente atormenta antes de acabar con mi dolor; aquello que acaba con cada ínfima neurona que mi mecánico cerebro manda a funcionar sin permitirme ser consciente. Y, por muy impropio que parezca, no daré mi nombre. Me amedrenta la posibilidad de que se me declare culpable del posible mal que pueda propiciar a aquel que se haga portador de estos conocimientos. No obstante, creo necesario revelar mi oficio:

Aquí, en el hermoso paraje en que vivo, distanciado de la ínfima aldea de Edhora por tan sólo unas pocas millas, desempeño la comprometida y compleja tarea que conlleva ser detective privado —aunque a veces, tan solo a veces, me da la impresión de dedicarme a la caridad pública—. Cinco puestas de sol hubieron pasado desde mi último caso, del cual seguramente ya habrás leído en el periódico, cuando recibí la petición de la que sería mi próxima labor.

Envuelta en un sobre rojo como la sangre, con letras doradas adornando su rugosa pero delicada superficie. Juraría haber sentido un escalofrío recorrer tortuosamente mi sistema nervioso, desde el nervio más grueso hasta el más imperceptible al ojo humano, sin ninguna excepción. Lo abrí con la innata delicadeza que la vida me había otorgado tras nacer, consiguiendo que el preciado material rojizo se mantuviera sin ningún menoscabo que acabara con su elegancia.

Su contenido fue recibido por el asombro plasmado en mis oscuras pupilas dilatadas. En el amarillento folio perfectamente doblado, supuestamente destinado a la redacción del conflicto a resolver, no existía más que la presencia de una ambigua figura, tal vez un símbolo, o inclusive una letra, plasmada en el centro del papel. Creí que aquel remitente desconocido había enviado la carta con la singular tarea de hacer mofa de alguien provector, casi en edades de abandonar su trabajo, como yo. Es por eso que, ahíto por la indignante burla que, aunque no debiera, tomé como una ofensa, arrugué —ejerciendo uso de las dos manos, pues con una sola la tarea quedaría a medio hacer—, el contenido junto a su continente.

Esa misma noche tuve un sueño (que debería de considerarse pesadilla). Diversas escenas ajenas a sucesos pasados de mi vida quedaron plasmadas en mi mente; escenas que no podré olvidar, aunque quiera, por más que lo intente. A pesar de que rece a Dios por las noches, de que me disculpe por mis pecados en el día. Y, lo que más me perturbó, fue la aparición del mismo símbolo que había visualizado horas antes.

A partir de ese momento, no pude conciliar el sueño jamás. Al envolverme en las frías sábanas de mi cama, escuchaba arañazos a través de las gruesas paredes de madera, contiguas a mi cabeza.



Y es que, si tan solo se hubiera tratado de tal estolidez... Empero, todo fue a peor. Sentía cómo me observaban a través de las pequeñas y escasas ventanas de la cabaña, lo que me llevó a cubrirlas con tablonos. Ahora me arrepiento, pues las miradas se convirtieron en una persistente respiración aledaña a mi oreja.

La impotencia me consume con el paso de los días; he llegado a pensar que Dios me ha abandonado. ¿Habré hecho en el pasado algo tan horrible como para ser merecedor de tal castigo?

Ayer, una idea recurrente ha llegado a mi cabeza, y parece ser mi única salvación. Es por ello que escribo esta carta, para dejar constancia de mis preocupaciones y aliviar mi corazón con las que serán mis últimas palabras. No sé si lograré hacer que esta carta llegue a alguien, o si quedará abandonada sobre mí ya antiguo escritorio. Pero, si la realidad se centra en la última opción que me ha sido otorgada por mi mente y encuentras mi inerte cuerpo descansando en paz, te lo ruego...

HUYE.



Texto: *Dimensión Vánural*

Alumno: Haribian Medea Hernández Rodríguez

Centro: IES Canarias Cabrera Pinto

¿Alguna vez habéis sentido esa sensación como de déjà vu? ¿Cómo cuando sientes que lo que está sucediendo ya lo habías vivido? Pues esto es lo que me ha sucedido a mí, pero lo llevo viviendo 10 años. Os explicaré desde el principio.

Todo empezó cuando terminé la preparatoria, tenía que escoger carrera, pero mis padres no me dejaban hacer lo que me gustaba, que era teatro. Ellos querían que estudiara medicina o derecho, pero no sentía que eso fuese para mí.

Un día que había salido a pasear por el parque, me encontré con un chico, el cual se puso a hablar conmigo. El chico me contó que le había sucedido algo parecido con sus padres, pero que logró convencerlos y que ahora estaba estudiando dibujo. Entonces me dijo que me iba a ayudar con mis padres.

Pasado un mes, Christian y yo fuimos a hablar con mis padres. En un principio no les entusiasmaba la idea y tampoco me iban a dejar hacer lo que quería, me decían: “Daliah, eso no te servirá para nada, no es una carrera y no conseguirás trabajo” o me decían “no llegarás a nada con la actuación, no eres buena”. Al final, pasado dos largas horas, logramos convencerlos y al final me pude apuntar a una academia de arte dramático.

A tres días de empezar el curso, todo volvió al inicio, exactamente al día en que mis padres me dijeron que tenía estudiar medicina o derecho. No entendí cómo podía suceder esto, pero lo que no sabía en aquel entonces era que esa no iba a ser la última vez. Cada vez que faltaban tres días para el comienzo de la academia volvía atrás en el tiempo, y así 10 años, hasta que Christian, unos amigos y yo empezamos a investigar.

Con los meses, descubrimos que un ser de la dimensión Vánural, el cual era un demonio, era quién provocaba todo este bucle temporal, pero al mismo tiempo él no quería que nadie lo supiese, por ello empezó a matar a nuestros amigos, ya que éramos los únicos capaces de recordar estos 10 últimos años. Al final, solo quedamos Christian y yo, y teníamos que hacernos cargo de solucionar todo este problema. Ya habíamos perdido a los pocos amigos que teníamos, y no queríamos que ningún familiar se viera afectado por todo esto.

Pasó una semana, y encontramos el umbral entre Vánural (la dimensión del demonio) y la Tierra, ¡se encontraba en mi academia, en la Sala Negra! En ese mismo instante nos pusimos en marcha, cogimos provisiones y material para hacer frente al demonio y nos fuimos.

Cuando llegamos a la Sala Negra, el umbral entre ambas dimensiones estaba prácticamente cerrado, como si el paso del tiempo lo hubiese deteriorado. En aquel momento, llegó el demonio,



y a partir de ahí la cosa está borrosa. Supuestamente el demonio entró en el umbral, haciendo que este se cerrase y provocase una explosión, la cual nos dejó a mí y a Christian en coma durante tres meses.

Al despertar, había cientos de cadenas de televisión esperando a nuestro testimonio, pero ni Chris ni yo quisimos dárselo.

A día de hoy, este caso es todo un misterio para la población mundial y una extraña aventura para Chris y para mí. Sigue siendo uno de los mejores secretos guardados a nivel mundial, ya que los únicos que sabemos lo que sucedió somos Chris, yo y este diario que nadie debería leer nunca.

Nuestros amigos fueron enterrados con honores por haber ayudado a salvar la ciudad, y aunque nos dolió despedirnos de ellos, siempre les estaremos muy agradecidos por toda la ayuda que nos dieron y el cariño que nos brindaron.

Lo único que no sabemos es el por qué éramos los únicos capaces de recordar todo y de sentir el déjà vu generado por el demonio, lo único que teníamos todos en común era que éramos adoptados y que no había papeles sobre nuestros padres biológicos, como si no tuviésemos o que no quisieran ser encontrados, generando más irregularidades sobre nuestra identidad. ¿Imaginas que no fuésemos de este planeta y que venimos de un planeta, en una galaxia a miles de años luz? Jajaja, sería muy gracioso e improbable, ¿verdad? Será un misterio sin resolver.



Texto: *Memorias de un soldado perdido*
Alumna: Violeta Roderó González
Centro: IES Canarias Cabrera Pinto

Querido amigo:

He perdido la cuenta de las cartas que te he escrito y nunca enviado, de los días que han pasado. Ahora mi vida se basa en la afirmación de que toda reacción desproporcionada a un hecho irrelevante puede cambiar el curso de la historia. Pero narraré lo mejor que pueda, por última vez, mis horas olvidadas, las memorias de un joven que nadie recordará.

Hacía frío. Sentía como mis ojos luchaban contra la brisa que mecía los árboles. Las montañas aullaban a lo lejos, tan lejanas que parecían indefensas, minúsculas. Disimulaban la inmensidad del terreno que me separaba de ellas: un campo sin flores ni hierba fresca, una llanura plana diseñada para aventajar a las tropas. Olía a sangre, a sudor frío, a hambre. No había comido ni bebido más que unas pocas gotas de un agua turbia. Al menos respiraba, eso me servía de consuelo mientras trataba de encontrar otro aroma que no fuera el metálico y seco que provocaba la sangre derramada. No lo conseguí, solo atraje el hedor de los cuerpos descompuestos y la sal de las lágrimas caídas.

La noche ya había inundado todo mucho antes de que mis ojos se cerrasen. La luz de los pequeños fuegos dispersos a mi alrededor me recordaba que no estaba solo. Aunque tampoco era libre. Ni lo había sido desde que llegó aquel telegrama escrito en letras aisladas unas de otras, separadas por milímetros que deseaba ocuparan todo el papel amarillento, pero que no lo hacían. Al menos espero que algún día, cuando lo único que quede de mí sea la opinión ajena de gente desconocida, cuando todos supongan, pero ninguno sepa, consiga ser libre. Porque en noches de insomnio como aquella, mi mente me jugaba malas pasadas. Deliraba con el humo de los disparos, imaginando que son golondrinas que vuelan a los balcones de los poetas y bailarines que giran sobre sí mismos hacia la noche eterna que descansaba sobre mis hombros. La luna me miraba cuidadosa desde arriba, presa del tiempo, huyendo del día; cegada por reflejos de luces tardías. Las estrellas observaban en silencio mi condena, la presencia de barrotes rodeándome, inexorables, intangibles, abiertos. Las cadenas de hierro se apoderaban de mis tobillos magullados y las heridas sangraban, intratables, invisibles. El pasado se me escurría entre los dedos, consumido, cayendo en forma de nieve y humo gris hacia el vacío del olvido que nubla los recuerdos. Pero es inútil pensar en el origen de la violencia, pues un monstruo deja de serlo en el momento que comienza a ser amado. Y así, con los pensamientos más insignificantes con los que jamás nadie haya delirado, me dormí.

Gritos de agonía resonaban en mi cabeza al despertar, pero tenía demasiado sueño y mis músculos estaban todavía adormecidos para sentir ese pánico de la muerte detrás de la nuca. Así que me levanté despacio, apoyándome en mis codos para comprender, a través de la vista, el motivo del escándalo nocturno. Al incorporarme del todo, y estirar las ya muy torturadas extremidades, caminé con cuidado hacia los



aullidos de estertor. Pero no fue hasta pasadas varias horas, tras una leve siesta y mucho caminar, que comprendí lo sucedido: habían atacado a un compañero cuando estaba de guardia, en uno de los extremos norte del campamento. Un tiro debajo de la rodilla había sido disparado desde el flanco de árboles que había estado observando la noche anterior. Lo habían herido sin intención de muerte: querían provocar un mensaje de miedo, no un funeral. Esto desconcertó a la mayoría de las caras conocidas con las que había cruzado la mirada desde entonces. Nos habían dicho exactamente donde se encontraban.

Un par de horas más tarde, tras nuestros apresurados pasos, las ruinas del campamento volaban hacia el cielo en forma de humo y cenizas, bailando al son del fuego con la brisa. Todas las petacas habían sido vaciadas y todas las cerillas prendidas. Caminamos lo que quedaba del día hasta llegar a una pequeña hondonada. Todavía había algo de luz cuando casi en el extremo, apoyado en un árbol, dormitando, comprendí que algo no iba bien. El silencio era tan espeso que casi costaba moverse. Me sentía como una gota de lluvia que, anticipando la tormenta, rompe la calma de un charco y se ahoga en la quietud expectante. Nadie oyó nada, nadie vio nada, pero todos lo sentimos. De repente, del silencio nació el ruido, y de este salieron las balas. Todo se volvió confuso. La lluvia antes estable ahora era densa, y ya no sabía dónde estaba. Todos comenzaron a correr, dispersándose por donde podían. Habíamos caído en su trampa. Yo también corrí. Las piernas se me tropezaban con los pensamientos y las irregularidades del camino. Mis manos se movían, trazando movimientos irregulares, pintando de vacío la nada que me rodeaba. Aun así, corrí hasta que los disparos parecieron estrellas fugaces y mi mente descompuesta les pedía un deseo; hasta que dejé mi sombra atrás y cayó la noche sobre mis hombros. Corrí hasta que las piernas se me doblaron de cansancio y miré al frente, tan solo para descubrir que ya no veía nada.

El silencio se hizo a mi alrededor. Las lágrimas dejaron de brotar, los árboles de mecer, mi cuerpo de reaccionar. Oí a la muerte prematura, llamando con cautela a mi puerta. Vi cómo la bala se aproximaba, contoneándose cual ave; no la vencía la lluvia, ni el viento, ni mi pena. Olí mi propio miedo, que emanaba de mi infantil inocencia. Sentía como mi mente divagaba, sin rumbo, entre idilios que me mecían como la marea. Comprendiendo que, a partir de ahora, todas mis cartas serían memorias y no poemas.



Texto: *Mi sombra*

Alumna: Elena González García

Centro: Pureza de María de Los Realejos

Todos me miran. Siento la mirada de cada uno de mis nuevos compañeros de clase posada sobre mí, en mi cara, en mi cuerpo, en mi pelo. Sus miradas me persiguen hasta que me siento en mi lugar, al lado de una chica guapísima, con un rostro hermoso, una cabellera dorada y un cuerpo que mataría por tener. Su nombre es Sol y es todo lo contrario a mí. Ella es la persona más sociable que he conocido. Es guapa, lista y todos quieren estar a su alrededor, sobre todo los chicos. Yo, en cambio, solo soy Kaya. La aburrida y tímida Kaya. No hay nada especial en mí, y por supuesto, Sol lo ha notado nada más sentarme a su lado. Es por eso por lo que no ha dudado ni un solo segundo en hacerme mil preguntas incómodas sobre mí mientras lo único que quería hacer era enterrar mi cabeza bajo tierra para no tener que responder a ninguna. Ese primer día de clases en mi nuevo instituto aprendí dos cosas: que se me da fatal socializar y que Sol es la persona más idiota que alguna vez se iba a cruzar por mi vida. Aunque esto último todavía no lo sabía, pero no tardaría en darme cuenta.

Lunes por la mañana, casi me ahogo en un mar de gente en el pasillo intentando llegar hasta mi taquilla. Si hubiera sabido en ese momento que mi infierno estaba por empezar, no me hubiera molestado en llegar hasta ahí. Sol me esperaba apoyada en mi taquilla, con su larga cabellera atada en una coleta y un vestido verde que solo en ella puede lucir así de bien. Me observaba con una media sonrisa mientras me acercaba a ella, esperando para atacarme con sus comentarios y burlas sobre mi cuerpo. “¿Por qué llevas eso puesto? No se te ve bien.” “Estás demasiado gorda para llevar esa camisa tan corta” “¿Y esa falda? Pareces una ballena con tutú” Intenté que sus comentarios no me molestaran, pero sin darme cuenta, ya lo habían hecho. Esa tarde tiré mi almuerzo, y fue el comienzo de mi auto tortura.

Pensé que con el tiempo me dejaría de molestar e iría a por alguien más, pero el depredador ya había acorralado a su presa y no la dejaría ir. Sol era como mi sombra, iba siempre detrás de mí recordándome lo horrible que soy y que nadie nunca iba a querer estar conmigo. Y no mentía, no tenía amigos y cada día sentía que era más fea que el anterior. Es por eso por lo que empecé a controlar todo lo que comía, tal vez así la gente me aceptaría, tal vez así sería más como Sol.

Sin embargo, todo se salió de control de la noche a la mañana. A medida que iban aumentando las burlas, iban aumentando mis horas de ejercicio y reduciendo la cantidad de comida que consumía al día. Con el paso de los meses mi rendimiento escolar bajó, ya solo me preocupaba bajar de peso y mis dolores de cabeza constantes no me dejaban estudiar para mis exámenes. Pero no solo cambió mi cuerpo, mi personalidad se volvió más reservada que antes, estaba más sensible, cualquier cosa me hacía enfadar. Ya no me emocionaban cosas como salir al parque o pintar, lo que más amaba en el mundo, pero sí sentía un sentimiento de orgullo al pasar un día entero sin probar bocado, algo que luego se volvió habitual para mí.

Todos los días al salir de clase me dirigía al restaurante más cercano y veía a la gente disfrutar de su comida, me imaginaba sentada comiendo deliciosos manjares y disfrutando tanto como esa gente que no sabía lo que era vivir atrapada en mi cuerpo. ¿Y Sol? Ella solo me perseguía, me



veía sufrir todos los días y no le causaba ni un solo sentimiento de remordimiento ver cómo me estaba destruyendo poco a poco. Así fue como empecé a perderme a mí misma, y esa sombra que iba siempre a mi lado parecía disfrutarlo tanto como un niño disfruta una piruleta.

Jueves por la mañana, me desmayé en medio del examen de filosofía. Mi cuerpo ya no puede soportar más, aunque le siga empujando a ello, me pide a gritos que pare. A mis compañeros pareció darles igual que me estuviera matando porque nunca hicieron o dijeron nada, a la larga te acostumbras a sentirte invisible y olvidada. Pero lo más decepcionante fue que mis padres no se dieran cuenta de lo que me estaba haciendo, ¿acaso nadie me quería? Eso me motivaba a seguir, si lograba verme igual que mi sombra, la gente ya me vería. Ya no sería invisible.

70,60,50,40,30... Ya estaba cerca de mi objetivo.

Pero algo cambió un sábado cualquiera. Mi cuerpecito estaba sin energía, me pasaba los días tumbada durmiendo. Sin embargo, me levanté al minúsculo baño de mi habitación para ir a pesarme por décima vez en el día. Al pasar por delante del espejo, me di cuenta de cómo había cambiado. Miré mi largo cabello negro y noté los huecos que habían dejado su excesiva caída, mis ojeras que se habían marcado más con el tiempo, mi piel pálida que se había comenzado a poner amarillenta, mis ojos verdes ahora estaban inexpresivos, vacíos. Luego paré a observar con cuidado mi cuerpo, mis clavículas marcadas, mis pómulos salidos, mis brazos y mis piernas que eran como palillos chinos y mis huesos que luchaban para salir de mi cuerpo ya que cada vez tenía menos volumen.

De repente apareció una sombra reflejada en mi espejo, justo detrás de mí, con una sonrisa de oreja a oreja y unos ojos vacíos que daban miedo. Sol.

—¿Quién eres? —titubeé.

—¿Yo? Soy tú.



Texto: Originalidad

Alumna: Fabiola Díaz Mourelle

Centro: IES Teobaldo Power

Nunca tengo ideas, siempre tengo que copiar a otros. Veo cómo la gente gana premios de escritura, dibujo y demás cosas. Escucho cómo el jurado les adula con cumplidos como «qué creativa eres» o «te otorgamos este premio gracias a tu inmensa originalidad» mientras yo me quedo sentada entre el público, entre los demás concursantes fallidos, sosteniendo entre mis manos un triste premio de participación por haber presentado una obra copiada de Pinterest.

Originalidad, una cualidad que la mayoría de la gente tiene o que, como a mí, le hace falta.

Toda mi vida han dicho lo mismo de mí: es una buena niña, es inteligente y atlética, pero le falta originalidad. Mi madre no para de repetírmelo cada vez que pierdo algún concurso. En los trabajos del colegio me retoca todas las decoraciones y la mayoría de frases; me aconseja acerca de mis dibujos e incluso elige mi ropa. No quiere tener una hija aburrida y sosa.

Hace una semana estuve en una competición de cocina. Había estado preparándome toda una semana, pensando en qué plato hacer y de qué manera. Obviamente, mi madre me ayudó cada día, escogiendo ella prácticamente la receta entera y corrigiéndome muchísimo, quizás en exceso. Supongo que se había hartado de tener una perdedora como hija.

El día anterior a la competición mi mente se iluminó. Por primera vez en mi vida, tuve una idea totalmente original, un ingrediente que nadie le había echado jamás a un estofado, creo. Corrí a decírselo eufórica a mi madre, pero me arrepentí tan pronto como vi su cara de horror. Empalideció en cuestión de segundos al escuchar mi idea. Lo entiendo, al fin y al cabo era arriesgado, quizá arruinase el sabor del plato a falta de unas horas para el evento, y no hay cosa que a mi madre le disguste más que mis ideas, ideas las cuales pueden echar todo a perder. No obstante, hice caso omiso de lo que me dijo y eché el ingrediente final.

Al día siguiente me anunciaron como ganadora. Fue increíble, nunca había ganado nada. Al jurado le había encantado mi plato. Di un discurso, todos los agradecimientos iban dirigidos a mi madre, no podría haberlo hecho sin ella.

—Pero ¿por qué estás aquí?

—Antonio, no lo sabes porque soy nueva, pero odio que me interrumpan.

—Lo sé, Clara, pero es que te estás alargando demasiado.



—Déjame decirte algo, Antonio. Estoy aquí por hacer caso. Estoy aquí por seguir los consejos de mi madre, por escucharla. Siempre me dijo que innovase, que hiciera cosas que nadie más hizo. Fue lo que hice y mírame.

—Clara, nada de lo que me has dicho responde a mi pregunta, ¿por qué te han metido en una prisión de menores?

—Pero ¿tú me has escuchado? Ya te he respondido a eso. Me detuvieron poco después de revelar mi receta. Ya te dije que no podría haber hecho ese plato sin mi madre.



Texto: *Un domingo para Aplo*
Alumno: Diego de la Hera García
Centro: IES Los Naranjeros

Un domingo, un niño llamado Aplo, que tenía seis años, tres meses y siete días (sí, contaba los días también), se despertó en la mañana. Al ser atacado por Pereza, su peor enemiga, rápidamente se levantó para pelear contra ella. Con Suerte, Valentía, Determinación y el opening de Dragon Ball, pudo vencerla.

Poco después, su estómago comenzó a gruñir y se dio cuenta de que si no comía le atacaría Hambre, otro de sus grandes enemigos mortales. Aplo tomó una decisión audaz y se comió a su enemigo, literalmente, acompañado de unos cuantos litros de leche con gofio.

Al escuchar ese escándalo, su hermana Loyla, de alrededor de un año, dos meses y tres días más que él, que era todo un monstruo, miró a su “queridísimo” hermanito con intenciones de mandarlo a la UCI. Aplo no dudó en atacar y se abalanzó sobre ella antes de que ésta pudiera reaccionar. Difícilmente ella se zafó de él, agarró una gran Nerf para disparar a su hermano, el cual recibió la bala. La pelea que siguió fue tan épica y sangrienta como las de John Wick, por lo que mejor no seguir describiendo... Ambos salieron de esa con varias heridas, pero sabían que ella volvería a por él y que él la estaría esperando.

Después de almorzar, Aplo se fue a su trabajo. Hoy le apetecía ser herrero, así que hizo una espada gigante para divertirse un buen rato. Cuando terminó, sintió algo detrás de él, se giró y se sorprendió al ver que Pereza le acechaba a sus espaldas. De repente, se encontraba cara a cara con Pereza de nuevo. Alzó su espada e intentó defenderse, pero ella fue demasiado ágil para él, así que guardó su espada y se puso a hacer la tarea. Pereza, al ver su entusiasmo, simplemente se desvaneció.

Media hora después, Aplo agarró su Tablet y se puso a jugar Roblox. Sin siquiera darse cuenta, apareció frente a él el enemigo más peligroso hasta ese momento: ¡Vicio!, el hijo de Pereza. Aplo, que ya se había adentrado en un mundo de juego sin fin, intentó salir, pero Vicio lo agarró por detrás y lo apuñaló. Aplo no se rindió, tomó su espada y trató de defenderse. En un giro sorprendente de los acontecimientos, Vicio se dio cuenta de que había perdido su influencia sobre él, y se fue corriendo.

Después de cenar, se acostó y se quedó dormido. Serían las 11 de la noche cuando sintió algo que tiraba de su pierna: era su enemiga más oscura, Pesadilla, pero esa ya es otra historia...

Y así fue como nuestro protagonista, el herrero épico, sobrevivió un día más a sus emociones y pensamientos.



Texto: *Un desierto encantado*
Alumna: Taziri Acosta Mora
Centro: IES Canarias Cabrera Pinto

¡Oh, no! Aquí no viene nadie, ¡qué birria de restaurante! - exclamó quejándose Ñaña.

Tranquilo, Ñaña, alguien vendrá - dijeron Niebla y Nieve intentando calmar a Ñaña.

Había una vez un restaurante en medio de un desierto donde trabajaban tres gatos muy diferentes entre sí, hartos de que nadie viniera a comer allí por lo lejos que estaba. El dueño era un anaranjado gato con unos hermosos ojos verdes esmeralda llamado Ñaña, valiente, pero dramático. Los demás empleados eran Nieve, un gato blanco con ojos azules, muy noble, pero muy miedoso y Niebla, un gato negro con ojos rojos, un poco mezquino por su pasado: vivió con una malvada bruja, pero, la verdad es que era muy buen amigo.

En una noche fría y ventosa, Ñaña estaba harto de no tener clientes (como siempre) y decidió plantar árboles, para así, ser más agradable estar allí, pero, claro, él no sabía y tendría que plantar bastantes para convertir el desierto en un bosque.

A la mañana siguiente, el cartero dejó todas las cartas en el buzón. Cuando Ñaña fue al restaurante para empezar a trabajar vio en el suelo encima del felpudo un anuncio de una extraña academia:

Abrimos otra vez la Academia Internacional de las Hadas del Bosque en septiembre. ¿Eres un ser mágico con ganas de aprender a plantar árboles? ¡Si es así, matricúlate antes del veintiuno de junio!

Advertencia: solo los seres mágicos pueden estudiar en la Academia.

Atentamente: La directora de la Academia, el hada Valentina.

¡Oh! - exclamó Ñaña - Esta academia es totalmente... ¡perfecta! Sería fantástico ir con Niebla y Nieve a estudiar allí, y así aprender a plantar árboles.

Por la mañana fue a la cabaña donde vivían Niebla y Nieve para leerles el anuncio de la Academia.

¡Escuchen, por favor! - dijo Ñaña y empezó a leer.

¡Qué bien! - dijo Nieve.

No se emocionen, miren la advertencia - señaló con la patita Niebla.

Advertencia: solo los seres mágicos pueden estudiar en la Academia.

¿QUÉ? No, no puede ser - dijo aterrado Ñaña.



Tranquilos, no creo que solo dejen entrar a seres mágicos - dijo tranquilizando a los demás - ¡Vamos, rápido, abran el portátil para matricularnos!

Los gatos encendieron el ordenador y se matricularon, como empezaba en septiembre tenían que esperar unos tres meses.

¿Tres meses? ¡Eso es mucho! - dijo quejándose Ñaña.

La paciencia es la reina de la ciencia - relató Niebla

Pasaron meses, meses y meses y por fin quedaba una semana para empezar el curso.

Los gatos cogieron el tren ese día por la mañana a las cinco. Y por fin estaban en la puerta. La Academia era un castillo lleno de vegetación con luces y flores.

Miren - allí está el segurita - señaló Nieve.

¿Qué es eso? El segurita es una babosa gigante - dijo Niebla asqueado.

Buenos días, señor. Nos matriculamos en junio. ¿Podemos pasar adentro? - dijeron los gatos.

¡NO, USTEDES NI SIQUIERA SON SERES MÁGICOS, FUERA! - gritó la babosa gigante.

Nieve y Ñaña estaban llorando, pero Niebla los interrumpió: ¡Miren! - ahí hay una tienda de disfraces - exclamó Niebla - Algo habrá que parezca mágico.

Los gatos entraron y vieron unas alas de hadas que parecían de verdad, una verde, otra roja y otra azul, los gatos las compraron y se las pusieron. Por suerte, el segurita les dejó entrar. El castillo por dentro era más mágico que por fuera. Paredes doradas, taquillas rosadas y polvos mágicos por todos lados.

Aprendieron un montón y cuando llegaron a su hogar, se pasaron un año plantando árboles y ¡por fin acabaron! Todos los turistas que pasaban por el nuevo bosque y comían allí todo tipo de comida y bebida. También nuevos gatos se mudaron allí y Nieve, Niebla y Ñaña hicieron nuevos amigos.

FIN



Texto: *Vapor de agua*

Alumna: Penélope Reina Aguirre

Centro: IES Canarias Cabrera Pinto

He asesinado a una persona. Y me dirijo a ser juzgada por ello. He asesinado a mi persona, he torturado a mi alma e ignorado mi razón de ser, mis supuestos principios, he roto mis sueños y destrozado mis ilusiones... Pero ha sido sin querer.

El sonido de las gotas de agua caliente cayendo sobre la porcelana de la bañera, los vidrios de los espejos empañados debido al vapor de agua que se escapa al abrir la ventana y la piel enrojecida a causa de la temperatura de las suaves gotas que caían sobre su piel, la piel de una persona que está sola, o por lo menos eso siente, soledad. ¿Cuánto dolor es capaz de soportar una persona, o hasta cuándo permitirá ese dolor? Porque hay veces en las que es uno mismo quien crea sus propios monstruos, monstruos los cuales solo uno puede derrotar, hay veces que nos aislamos y cogemos caminos diferentes de manera involuntaria, sin querer. Lo que uno no sabe es que el mundo es redondo y que todo tiene un final.

Ann es mi nombre, o lo era en aquella época en la que me escondía detrás de los árboles, esperando a que mis compañeros de clase me encontraran, cuando pasaba las navidades con mi familia y soñaba con ir a Disneyland. Soy alta y rubia, mis ojos son oscuros como la profundidad del abismo, o eso decía mi padre, soy de tez pálida, tanto que me solían llamar la niña invisible, porque poco más y me volvía transparente. Me daban miedo las profundidades del océano, quién sabe qué clase de cosas habrá escondidas en las profundidades de esos mares. Me encantaba leer libros de fantasía. Los dragones, elfos, brujas, unicornios de mis historias me hacían imaginar un universo diferente y divertido en donde pasar mis tiempos libres, combatiendo esos males que atormentaban mi mundo imaginario, pero ahora me he dado cuenta de que la realidad no es tan diferente como parece a los libros de fantasía y ficción, también hay que combatir con criaturas espeluznantes en nuestro día a día, por desgracia en este mundo real es todo más aburrido y cuesta más combatir a esos monstruos, y yo no lo he conseguido. Sin querer he mirado a Medusa a los ojos, quien me ha convertido en piedra y ahora así me mantengo, sola y sin poder moverme, con la única compañía de mis pensamientos pasajeros que me matan por dentro, porque el cerebro humano es el más desarrollado y el más complicado de controlar.

Hubo un tiempo en el que fui feliz, pero las cosas se acaban y como todo eso se acabó, ¿acaso no fui suficiente para ti? ¿acaso hice algo mal? no entiendo el porqué, si es que hay un porque, no comprendo el motivo y aunque quisiera no lo comprendería, porque te amo y lo seguiré haciendo, pero tus lágrimas le pertenecían a otra persona, tus te quiero y tus lo siento no eran para mi eran para aquella quien fue y seguirá siendo tu verdadero amor, esa persona por la que de verdad darías todo. Para mi aquella persona eras tú, pero yo no pude superarla y formar parte de ti, no



pude hacerlo mejor. Mi aspecto, mis notas, las cosas que me gustan... Ella es perfecta y yo no soy nada. Si fuese más delgada, más baja, más guapa o inteligente a lo mejor así me querías, o eso pensé hasta que lo di todo, di todo y a pesar de ello lo que acabé recibiendo es un “estás loca”.

Deje de centrarme en mí para gustarle a una persona y eso fue lo que marcó mi condena.

¿Quién soy ahora? Soy un monstruo.

Mis ojos ya no destacan por ser negros, si no por estar acompañados siempre de unas ojeras oscuras, mi pelo siempre está despeinado, mi piel se ha quedado incolora y ya no le temo a las profundidades del océano, le temo a no saber quién soy, y creo que he empezado a olvidarlo.

He asesinado a MI persona, torturando MI alma, ignorando MI razón de ser, MIS supuestos principios, dejé de lado MIS sueños y destruí MIS ilusiones... Y he sido juzgada por ello. Nadie pudo hacer nada, nadie lo vio venir, por eso no hubo príncipe que pudiese salvar a esa princesa que algún día fui.

Todas las historias deberían de tener un final feliz, pero no siempre es fácil de encontrar porque hay tanta luz en las ciudades que no conseguimos ver las estrellas brillar. Yo no pude conseguirlo, no pude soportarlo y mi historia se ha quedado inconclusa.

—Ese día la sangre de alguien que decidió coger el mal camino se derramó sobre las baldosas de piedra fría de una casa en la que ahora nadie vive.

Puede que en algún universo nuestras almas se vuelvan a juntar, que nos volvamos a amar... Pero por lo pronto seguiré esperando.



Texto: *¿Y, por qué?*

Alumna: Irene Herrera de la Cruz

Centro: IES Viera y Clavijo

Soy enfermera de un Hospital muy conocido en la ciudad. Trabajo varios turnos en la semana, pero lo que les voy a contar sucedió en el turno de noche. Haciendo rondas por las habitaciones, oí en la 525 una de las pacientes hablando en alto. Pensé que necesitaba algo y me aproximé a la puerta. Le pregunté si tenía dolor o necesitaba algo, ella no me contestó, siguió hablando con la mirada fija a un sillón vacío.

Lo primero que pensé es que tendría una pesadilla y como tenía unos 75 años podría padecer demencia, pero no era su caso. La señora siempre hablaba coordinadamente y esto me extrañó. Me acerqué a su cama, encendí su lámpara de cabecera para verla mejor y le volví a preguntar:

—Ana María, ¿qué le sucede? ¿con quién habla?

—Con un niño, -me respondió.

No hay ningún niño, es muy tarde y ya se han ido los familiares.

—¡No! -me gritó. Hay un niño sentado en el sillón que está detrás de ti. Le pregunté si estaba perdido y me dijo que no.

Yo muy asombrada; reconozco que se me erizaron los pelos; y con cierta curiosidad le pregunté:

—Ana, ¿cómo es?

Ella mirando al sillón vacío me lo describe:

—Tiene gafas con cordones de colores, camisa con rayas horizontales; lleva unas hojas y está como escribiendo o pintando algo.

En ese momento me empecé a poner nerviosa, ya que la señora lo contaba como algo real, hasta me llegó a cuestionar por qué no lo veía yo y ella sí.

Respiré hondo y le dije a Ana que le preguntara al niño si necesitaba algo y el motivo de estar allí. Ana enseguida le hizo las dos preguntas y al momento me responde que el niño se había tapado la cara con papeles como si tuviera vergüenza.

Yo impaciente le insistí: pregúntale otra vez y así le ayudamos. Ana accedió a su petición. Comenta que el niño estaba como asustado, salió de la habitación y corrió por el pasillo. Estaba bastante atemorizada y fui rápidamente a contarles a mis compañeros lo sucedido. Ellos enseguida fueron al lugar, pero, por supuesto, no



veíamos nada. Ya más relajados, charlábamos de otros temas, cuando oímos un timbre y fuimos todos juntos, por miedo, después de lo ocurrido al principio de la noche. Llamó al timbre la habitación 513, un chico joven mostraba su asombro por que a esas horas de la madrugada había un niño paseando por los pasillos; incluso entraba en su habitación y jugaba con el mando de la tele. Mis compañeros y yo no dábamos crédito a lo que oíamos, pues confirmaba que la Señora decía la verdad. Salí de turno, dándole vueltas a la cabeza sobre lo que había ocurrido y con los días de descanso me olvidé del tema.

Cuando vuelvo de turno, un miércoles por la mañana, oigo a varios compañeros hablando entre ellos. Me acerqué y les pregunté qué tal fue la noche. Me contestaron que pasaron mala noche, no por lo pacientes, sino por ruidos extraños y caídas de objetos. Tuvieron que llamar a seguridad, al pensar que alguien extraño había entrado, pero ellos no lograron ver a nadie sino que presenciaron también movimientos de sillas y subida de volúmenes de televisiones. Les comenté la experiencia de mi noche anterior y nos preocupamos.

Les propuse a mis compañeros investigar quién podría ser ese niño que anda por el Hospital, concretamente en nuestra unidad. Empezamos por las historias de niños ingresados recientemente, pero sin éxito, ya que recordé que Ana Maria, la paciente me había dicho que el niño tendría unos 8 o 9 años, y los que habían fallecidos eran más pequeñitos. Seguimos buscando documentos, incluso llegamos hablar con la planta de pediatría, pero tampoco logramos nada. Hasta que se me ocurrió buscar en accidentes de tráfico o ahogamiento.

La sospecha fue de un niño ahogado junto a su padre mientras pescaban. Tenía gafas, y 8 años. Seguimos investigando el caso y descubrimos que el niño falleció y el padre seguía vivo en la UVI.

¿Estaría buscando a su padre? ¿No murió ahogado sino por otros motivos? Quizás eso nunca lo sabremos, pero sí tenemos la certeza de que buscaba algo. Pasaron las semanas y no supimos nada más ni nadie lo volvió a ver.

Después de dos meses, ya casi no recordaba el mal trago que pasamos mis compañeros y yo. Ayer en la tarde, cuando salía del Hospital junto al semáforo, cruzó un niño con los mismos rasgos que les conté antes. Llevaba documentos en las manos y con una mirada triste me enseñó uno de los papeles que ponía en mayúscula: ``ME HIZO DAÑO``. Fui a seguirle para preguntarle y justo se perdió en la multitud.